

La fábula de la Piedra y la Flor

*Idea para un
film amateur
gerundense*

por Jordi Dalmau



Entre Sant Nicolau i «Els Xiprers», junto al torrente de Galligans los hombres de mil años atrás edificaron el Monasterio de Sant Pere.

En la primavera del año pasado nació una flor en la tierra húmeda de los claustros de Sant Pere. Las piedras viejas del monasterio, que hoy es museo, no le habían ordenado el nacimiento a la flor. Pero a pesar de no ser esperada, estas piedras siempre tan quietas del museo se emocionaron al ver los acertados colores de la flor. Dicen que por la noche alguna piedra atrevida se había asomado al claustro para intentar conocer el aliento de la flor silvestre. Y después de un rato de contemplación volvía a su lugar de museo tan silenciosamente como pueda hacerlo una piedra. Así, habiendo conocido más mundo, podía esperar con más gozo las visitas de los turistas de mañana.

Entre las piedras del museo la conversación se hacía más seria. Tenían pensamientos superiores. La flor, sin pretenderlo ella, hacía pensar en las piedras en el color, y en el viento que tan importante es para la vida de las flores. Pero esto ya no podían entenderlo: sólo veían en el viento unas cómicas cosquillas del aire juguetón. El diálogo se hacía duro cuando la flor quería tocar el tema del olor, de su olor sencillo, pero capaz de atraer la abeja más coqueta del torrente de Galligans. Querer dialogar sobre el olor fue el pequeño fracaso de la flor. Las piedras le demostraron que estaban faltas de imaginación.

Las piedras iban fuertes en historia. Todo eran números: los siglos de su vida y los del catálogo del museo. De cuando en cuando alguna pieza de piedra maldecía a los picapedreros que con las herramientas más duras de la Edad Media le dieron cuerpo y casi alma. Pero lo pasado, pasado está, que al fin y al cabo de eso viven las piedras del museo.

Tan querida era la flor que incluso se atrevió a una sugerencia en favor de su mundo vegetal:

— Si os place mi presencia, venerables piedras de Sant Pere de Galligans, yo podría presentaros la belleza del reino de las flores y de las plantas. Si yo se lo ruego vendrán con mucho gusto aquí, a vuestra mansión...

— Y tuya — la interrumpió gentilmente la pieza 2.453.

— No nos engañemos — replicó la flor con los pétalos mirando a tierra. Aquí es vuestra casa, solamente. Yo no tengo casa. Las flores hemos nacido para eso y hemos de ser breves.

Al decir estas palabras, la flor irrumpió en llanto. Sus lágrimas corrieron al surtidor del claustro, que se llenó totalmente. Cuando iba a derramarse se oyó una voz de trueno, de piedra mal pulimentada:

— Basta!! Se aprueba la visita del reino vegetal que nós ha ofrecido la flor del claustro. Abriremos las puertas, y que las flores de las comarcas gerundenses nos hagan compañía por todo el tiempo que deseen.



Los aplausos fueron encomendados por la flor a unas mariposas que volaban sin romper ni el silencio ni la paz. La flor estaba emocionada: era una flor sin nombre y sin color definido. Ahora se quedó sonrojada.

El anuncio de la asamblea del reino vegetal lo realizó la tramuntana, el medio más rápido y efectivo. Todas las flores convocadas se lavaron la cara con los productos aconsejados por las mejores marcas y se tomaron alguna bebida para realizar el viaje hacia Sant Pere de Galligans.

Por la arcada románica iban entrando las más ricas variedades vegetales. Las más orgullosas pedían un foco luminoso junto a su maceta; algunas envidiaban un capitel por peana: era el sueño de calzar tacón alto. Las azaleas se pusieron de acuerdo y reclamaron mucho espacio para lucir mejor su vestido. Los rosales y las rosas dicen que esconden sus espinas, pues no quieren malas caras. Tierras negras, arenas rojizas, iluminación blanca y azul, aguas claras y verdes, manos que hermanan flores, vidrios, cerámicas, piedras, contrastes, tonos y olores.

La tramuntana mensajera de la Exposición de Flores llegó a las tierras altas del Pirineo. Y un buen hombre, ilusionado y generoso, arrancó un abeto y lo entregó al viento para que lo plantase a la puerta de Sant Pere de Galligans. El árbol siempre verde, signo de la perennidad, vio pasar museo adentro el colorido de la primavera. Con raíces e nel Pirineo no hubiera visto tanto mundo.

El día de la inauguración de la Exposición ya se pudo comprobar la fibra poética de la ciu-

dad. A la puesta del sol las piedras ya estaban maravilladas para siempre, al contemplar el gentío que había entrado en el museo.

Las flores y plantas tuvieron buen acierto en elegir sitio. Cada una se esforzó en aprender algo de las piedras trabajadas. Testimoniaban así su admiración hacia el reino del museo. Las piedras estaban agradecidas. El juego empezó en una hortensia que se apiñó más, viendo un capitel de incontables hojas, en el que unos obreros del siglo XVI dejaron su juventud, picando. La hortensia de los mil escondrijos sacó un discreto color de rosa para la flor y ya estuvo a punto de recibir visitas. Los ficus hacían reunión, imitando a la perfección un capitel — el 2103 — ocupado por diversas figuras humanas en castillo, parecido al de los «xiquets de Valls». Las piedras y las plantas estaban de fiesta mayor. La alegría iba en aumento. Estas piedras que tanto canto gregoriano debían haber escuchado en su juventud no podían dormirse en el silencio mientras durase la visita del reino vegetal. De pronto pensaron en un capitel que representaba una escena de ángeles músicos, y como si las cuerdas del arpa se hubiesen vuelto blandas y sabias, toda la nave de Sant Pere de Galligans se llenó de una música escogida por manos selectas. Más allá había una columna de piedra con un irracional raro que se le encaramaba hacia el capitel, sacando la lengua; una planta florecida intentaba seguir las huellas de la bestia, y dicen que así nació el geranio de enredadera. Y floreció en rojo vivo, de tanto mirar la lengua del trepador.

A la misma entrada del museo una pila bautismal persignaba el paso hacía tiempo. Entre las plantas corrió la noticia de que allí había estado el agua de la regeneración, en donde los recién nacidos toman un nombre para distinguirse. Una planta dedujo, así, el porqué de aquellos números visibles en la espalda de las piedras del museo, y ella deseosa de nombre se izo bautizar con el de «Pleromia Cuasiaefolia». Este nombre — más largo que ella misma — causó la risa a una enorme piedra, redonda, que pesaba dos toneladas y sólo se llamaba «muela». Había vivido un centenar de años en un molino.

En el claustro, un Cristo en cruz, piedra dolorida, daba testimonio de un sufrimiento redentor. Coronado de espinas veía una peregrinación especial: una planta venida de lejos, verde oscuro, áspera y estafalaria, se acercaba para aprender algo de la piedra. Miraba la cabeza del Cristo. Se espantó. Y unas largas espinas le salieron en todo el cuerpo, amenazando a cuatro vientos. Enseguida dio pánico y se quedó en un verde más triste que antes. Desde entoces, le llamaban «cactus». Un viejo alabastro que representaba al Padre Eterno, parecía sonreír mirando la bola de la Tierra que tenía en la mano. Su Creación del mundo era una obra maestra. Las piedras y las flores lo mostraban así a todos los visitantes. El horario de visita era corto, apenas daba entrada a todo el gentío. Una

piedra del museo creía que las visitas eran para ella y para sus hermanas. Era una ingenua, cosa de juventud pues sólo contaba unos doscientos años. Las piedras más viejas se esforzaron en hacerle entender la realidad:

— Tienes que comprender: esta gente no viene por nosotras, tan viejas... Hay más curiosidad para ver las flores de un día, tiene más éxito la vida breve que la nuestra que se puede contar por siglos...

Haciéndole ver la realidad de que las flores son más populares, a las piedras les crecía un resentimiento voraz, como un gusanillo que les ensombrecía los excelentes días pasados con las flores. La paz y la amabilidad no eran firmes. Se preparaba una rebelión de las piedras, envidiosas del lujo floral y verde. Empezaba a ser maldecida la sencilla flor del claustro y todas las que arribaron tras ella. Definitivamente, el reino vegetal era responsable de la lucha a muerte que deseaban las piedras.

La cuestión era grave. Sólo había que inventarse una excusa.

Una nube espesa eclipsó todo el sol destinado al claustro. La nube tendría prisa para hacer su trabajo. Todo el ámbito quedó oscurecido en pocos momentos. De pronto el aguacero más temible del año cayó en el claustro cambiando el tono de los verdes, provocando la huida de la tierra de las macetas. Con tanta lluvia, la hoja más ancha de una planta majestuosa se inclinó suavemente mirando hacia el suelo y el agua corría ordenadamente hacia la maceta en la planta vecina. Se había inspirado viendo una gárgola que hacía tiempo estaba yaciendo en indefinida huelga. La desgraciada hoja no podía adivinar qué tragedia estaba iniciándose. Porque la gárgola — la auténtica — que era un demonio de nombre y de hecho acentuó sus horripilantes facciones al sentirse escarnecida por una fragilísima hoja verde.

La gárgola embrujada sublevó a todas las piedras que esperaban un mínimo grito de combate. Incluso la nube, situada descaradamente del bando de las celosas piedras, descargó toda el agua con más fiereza que nunca y se fue a buscar más agua, más viento y más nubes. Una trágica tempestad cayó sobre las indefensas plantas. Era la venganza de la piedra humillada. Una piedra-clave de arco dio el grito de guerra:

— Nosotros sabíamos que tristeza lleva la soledad, ¡pero ahora vosotras, débiles vegetales, sabréis qué es la muerte!

Las flores iban cayendo a ramos. La tempestad las empotraba en el musgo empapado. Los jarros se volvían más fríos a cada instante. En el interior del museo, donde la lluvia no podía entrar, el verdugo era un viento huracanado que hería de muerte a la vida verde.

Como si todas las plantas quisieran aprender la lección de la muerte, miraban por última vez la sepultura situada a la izquierda de la nave central de Sant Pere de Galligans. Y como



ella, mirando al cielo, gladiolos, sansavieras, inmortales, gardenias y rosas, todo lo que tenía sabía se secaba y se moría.

Cuatro días de vida intensa les habían preparado el momento crucial de dejar el mundo de los vivos.

¡Qué frío ha invadido Sant Pere de Galligans! Hasta parece crecer la humedad. Ahora no pulsan nada los ángeles músicos del capitel. Las cuerdas de su arpa se han vuelto de piedra dura. Afuera, el abeto del Pirineo también está abatido: madera y ramaje irán a dormir al fondo del torrente a esperar la segunda muerte que le vendrá con la primera riada otoñal.

Unos meses más tarde, los niños que jugaban en el hoyo que dejara el abeto al ser arrancado vieron nacer unas flores gemelas de la que había nacido en el claustro, más alegres y más coloridas si cabe. Un buen gentío acudió a verlas. Y cuando los niños preguntaban a las flores si estaban ofendidas contra las piedras, los más viejos del lugar dicen que se oía bien la respuesta de las flores:

— Niños y niñas, nosotras las flores llegamos con la primavera, puntuales. No somos rencorosas. Volvemos a alegrar. Hacedlo así y seréis estimados.

Y es así como, cada primavera, en el bosque, en el torrente, en los claustros, en un poco de tierra entre dos piedras, allí nace una infinidad de flores sembradas al vuelo por una mano de bondad, muy estimada: sembradas por la mano de Dios.